
ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Franconia.—Sala del Castillo de Moor.

FRANZ.—El anciano MOOR.

FRANZ.—Pero ¿os sentís bueno, padre? ¡Pareceis tan pálido!

MOOR.—Completamente bien, hijo mio... ¿Qué querías decir?

FRANZ.—Ha llegado el correo... una carta de nuestro corresponsal en Leipzig.

MOOR. (Con curiosidad.)—¿Nuevas de mi hijo Carlos?

FRANZ.—¡Qué sé yo!... Sí, las hay; pero temía... no estoy seguro... si yo... por vuestra salud... ¿Estáis verdaderamente bueno, padre mio?

MOOR.—¡Como el pez en el agua! ¿Escribe algo de mi hijo?... ¿De qué proviene tu inquietud? Dos veces me has preguntado lo mismo.

FRANZ.—Si estáis enfermo... ó si abrigáis la más leve sospecha de estarlo, dejadme... os lo diré en ocasión más oportuna. (Entre dientes.) Esta noticia no es para enfermos.

MOOR.—¡Dios mio, Dios mio! ¿qué será?

FRANZ.—Permitid que antes me aparte á un lado, y derrame una lágrima de compasión por mi perdido herma-

no...; debía callarme eternamente... porque es hijo vuestro; debía ocultar eternamente su oprobio... porque es mi hermano... Pero obedeceros es mi principal, mi triste deber... perdonadme por tanto.

MOOR.—¡Oh Carlos, Carlos! ¡Si tú supieras cómo atormenta tu conducta el corazón de tu padre! ¡Cómo una nueva alegre de ti alargaría diez años mi vida... me rejuvenecería!... mientras que ahora, todas ellas ¡ay de mí! me acercan más al sepulcro!

FRANZ.—Si es así, anciano, adios... todos deberíamos hoy arrancarnos los cabellos sobre tu féretro.

MOOR.—¡No te vayas!... Solo un pequeño paso le queda... ¡déjalo que haga su voluntad! (Con el mayor abatimiento.) Los pecados de sus padres los visitarán hasta la tercera y cuarta generación... déjalo cumplir esta ley.

FRANZ. (Sacando la carta del bolsillo.)—¿Conocéis á nuestro corresponsal? ¡Mirad! De buen grado diera yo los dedos de mi mano derecha por decir que es un embustero, un embustero detestable y ponzoñoso... ¡Ánimo! Perdonadme si no consiento que leais la carta... No debéis saber todo cuanto dice.

MOOR.—¡Todo, todo, hijo mio! tú me libras de emplear bucatas.

FRANZ. (Leyendo.)—«Leipzig, 4.º de Mayo... Si no me obligase una promesa irrevocable, oh amigo mio el más querido, á no ocultarte nada sobre la suerte de tu hermano, que haya llegado á mi noticia, jamás convertiría mi pluma en instrumento de tortura para tí. Centenares de cartas tuyas me indican que noticias de esta especie atraviesan tu fraternal corazón; paréceme como si te viese ya, á causa de ese indigno y nefando...» (Moor se oculta el rostro.) Advertid, padre, que sólo os leo lo más leve... «á causa de ese nefando hermano, derramar millares de lágrimas...» ¡Ay de mí! ¡Sí, corren ya... corren á torrentes por estas mejillas com-

pasivas!... «paréceme como si contemplara á tu anciano y respetable padre, pálido como la muerte...» ¡Jesús María! lo estáis ya, antes de saber nada.

MOOR.—¡Prosigue, prosigue!

FRANZ.—«...Pálido como la muerte, desplomarse en su asiento y maldecir el día en que pronunció balbuceando el nombre de padre por primera vez. No se ha podido descubrir todo, y sólo te digo una parte de lo poco que ha llegado á mi noticia. Tu hermano ha colmado, según parece, la medida de su infamia; yo, por lo menos, creo que no es posible hacer más, á no ser que su genio suene en mucho al mio. Ayer, á la media noche, tomó la magnánima resolución, después de contraer una deuda de 40.000 ducados...» Bonita suma, padre... «después de seducir á la hija de un rico banquero y de herir mortalmente en desafío á su galán, estimable joven de una posición distinguida, tomó la resolución, repito, de sustraerse al poder de la justicia en compañía de otros siete libertinos, á quienes había persuadido que le siguiesen en su borrascosa vida...» ¡Padre! ¡Por Dios Santo! ¡Padre! ¿cómo os sentís?

MOOR.—¡Basta! ¡Deja esto, hijo mio!

FRANZ.—Quiero callaros... «Se han dado sus señas, los ofendidos piden justicia á gritos, su cabeza se ha puesto á precio... el nombre de Moor...» ¡No! mis labios temblorosos no han de asesinar á mi padre! (Rompe la carta.) ¡No creedlo, padre! ¡No creed una sola palabra!

MOOR. (Llorando amargamente.)—¡Mi nombre!... ¡Mi honroso nombre!

FRANZ. (Abrazándolo.)—¡Infame, tres veces infame Carlos! ¿No lo adivinaba yo, cuando, todavía niño, perseguía á las jóvenes de su edad, vagaba por montes y prados con los chicuelos de las calles y la canalla, huía de la iglesia como el criminal de la cárcel, y los cuartillos que os sacaba los echaba en el sombrero del primer mendigo, mientras que

todos los demás de casa nos dedicábamos á mejorarnos con plegarias religiosas y leyendo libros devotos?... ¿No lo adivinaba yo, cuando prefería á la lectura del libro de Tobias y de su penitencia la de las aventuras de Julio César, de Alejandro Magno y de otros pecadores paganos?... Cien veces os lo anuncié, porque mi amor á él se contuvo siempre en los límites del deber filial. ¡Cien veces os dije que este niño nos deshonraría y nos reduciría á la miseria!... ¡Ojalá que no llevase el apellido de Moor, que mi corazón no lo amase tanto! Este cariño mundano, que no puedo dominar, me acusará á voces ante el tribunal de Dios.

MOOR.—¡Ay de mis proyectos y de mis sueños dorados!

FRANZ.—Lo sé bien. Esto es precisamente lo que yo decía. Ese ardor que bulla en su pecho infantil, repetiais siempre, que tan sensible lo hace á todos los encantos de lo grande y de lo bello; esa franqueza de su carácter, que brilla en sus ojos; esa compasión, que lo obliga á simpatizar llorando con todos los sufrimientos; ese ánimo varonil, que lo lleva á la copa de las encinas seculares y lo arrastra á los fosos, á las empalizadas y á los torrentes; esa ambición juvenil, esa obstinación inflexible, y todas las bellas y brillantes cualidades que germinan en el preferido de su padre, lo convertirán un día en apasionado amigo, en ciudadano excelente, en un héroe, en un hombre grande, grande... ¿Lo veis ahora, padre...? Ese ardor que en él bulla se ha desarrollado, se ha extendido y ha dado sus naturales frutos. ¡Ved cuán lindamente se ha trocado en cinismo esa franqueza! ¡Ved esa sensibilidad exquisita! ¡con qué ternura arrulla á las coquetas, cómo se deja seducir por los encantos de una Phryné! ¡Ved cómo su fogoso carácter ha consumido en sólo seis años, tan neciamente, el alimento de su vida, que está á punto de sucumbir, y entonces llegan algunas gentes que no se avergüenzan de decir: *c'est l'amour qui a fait ça!* ¡Ay de mí! Observad, sin embargo, cómo esta

inteligencia osada y emprendedora concibe y ejecuta planes, comparados con los cuales nada son las heroicidades de un Cartouche ó de un Howard...! Y si tan pródigos gérmenes maduran, ¿cuántas perfecciones se pueden esperar de una edad tan tierna...? ¡Acaso, padre, viváis lo bastante para contemplarlo gozoso al frente de un ejército en el sagrado santuario de las selvas, y aligerando al cansado caminante de la mitad de su carga...! ¡Quizás os sea concedido, antes de bajar al sepulcro, hacer una peregrinación á un monumento levantado en su honor, entre el cielo y la tierra!... ¡Acaso, oh padre, oh padre, oh padre, habréis de buscar otro apellido, para evitar que os señalen con el dedo los comerciantes al por menor, y los vagos que hayan visto retratado á vuestro señor hijo en la plaza del mercado de Leipzig.

MOOR.—Y ¿también tú, mi Franz, también tú? ¡Oh, hijos míos! ¡cómo me desgarráis el corazón!

FRANZ.—Ya veis que también puedo parecer ingenioso, aunque mi ingenio sea como el aguijón del escorpión... Y después, el seco, el vulgar, el frío, el alma de cántaro, Franz, el que cargaba con la variedad de injuriosos epítetos que os sugería el contraste que formábamos ambos, cuando se sentaba en vuestras rodillas ó pellizcaba vuestro rostro... ese Franz morirá en sus tierras y será olvidado, mientras la gloria de ese genio universal volará de un polo á otro... ¡Ah! el frío, el seco, el alma de cántaro, Franz, con las manos juntas ¡oh cielos! te da las gracias... de no ser como él.

MOOR.—¡Perdóname, hijo mío! no te encolerices contra un padre que ha visto defraudados sus deseos. Dios, que por causa de Carlos me obliga á derramar tantas lágrimas, te convierte á ti, oh Franz, en el paño que las enjuga.

FRANZ.—Sí, padre; él secará tus ojos. Vuestro Franz e mpleará su vida en prolongar la vuestra. Será el oráculo

que yo consultaré con predilección para cuanto haya de hacer, el espejo en que todo lo mire...; ningún deber es tan sagrado para mí, que no esté pronto á quebrantarlo, si su violación importa á vuestra preciosa existencia... ¿Mo creéis?

MOOR.—Tú has de cumplir todavía deberes supremos, hijo mío. ¡Dios te bendiga por lo que has sido y por lo que serás!

FRANZ.—Decidme al fin ahora: ¿seriais feliz si no hubierais de llamar vuestro á ese hijo?

MOOR.—Calla ¡oh! calla. Cuando al nacer me lo presentaron, lo elevé hácia el cielo y exclamé: ¿No soy yo un padre feliz?

FRANZ.—Lo dijisteis, sin duda. Pero ¿ha sido así? Envidiáis al más miserable de vuestros labriegos el no ser su padre... No os faltarán penas mientras tengáis ese hijo, y crecerán con Carlos, y os llevarán al sepulcro.

MOOR.—¡Oh! ¡Me ha hecho un viejo de ochenta años!

FRANZ.—Pero, en fin... ¡si os desentendierais de él por completo!...

MOOR. (Levantándose).—Franz, Franz, ¿qué dices?

FRANZ.—¿No es ese amor por él la sola causa de vuestra aflicción? Sin ese amor, nada es para vos. Sin ese amor, censurable y punible, sería para vos como un muerto, como si no hubiese nacido. El corazón, no la carne y la sangre, es lo que nos hace padres é hijos. No amadle; ese aborto no será ya vuestro hijo, aunque fuese carne de vuestra carne. Hasta ahora ha sido la niña de vuestros ojos; pero si tu ojo te escandaliza, dice la Escritura, arráncalo. Vale más mirar con un ojo al cielo que con dos al infierno. Vale más ir sin hijos al cielo, que ambos, hijo y padre, al Averno. Así habla la divinidad.

MOOR.—¿Quieres que yo maldiga á mi hijo?

FRANZ.—¡No tanto, no tanto...! No maldeciréis á vuestro

hijo... ¿A quién llamáis vuestro hijo...? ¿A quien habéis dado la vida, y se esfuerza por todos los medios posibles en abreviar la vuestra?

MOOR.—¡Demasiado cierto es! Es una condenación que me alcanza, y el Señor lo ha hecho mi verdugo.

FRANZ.—Considerad cómo se conduce con vos vuestro hijo predilecto. Por vuestro amor paternal os ahoga, por él os asesina, y desgarrá vuestro corazón de padre, y os dá el golpe mortal. En cuanto dejéis de vivir es dueño de vuestros bienes, soberano de sus acciones. Desaparece el dique, y el río seguirá más libre su curso. Poneos en su lugar un momento. ¿Cuántas veces habrá deseado que cubra la tierra á su padre, cuantas que cubra á su hermano, tan incontrastable obstáculo á sus excesos! ¿Es esto pagar amor con amor? ¿Es gratitud filial á la benevolencia de un padre, por satisfacer el vano capricho de un instante, sacrificar diez años de su vida? Si embriagado de placer arriesga en un minuto la honra de sus abuelos, inmaculada por siete siglos, ¿le llamaréis hijo vuestro? ¡Responded! ¿Se llama esto hijo?

MOOR.—¡Un hijo cruel, ¡ay de mí! pero al cabo, mi hijo, al cabo, mi hijo!

FRANZ.—Un hijo el más amado, el más caro, cuyo único afán es no tener padre... ¡Oh! ¿cuánto os importaría conocerlo así! ¿cuánto que cayese la venda de vuestros ojos! Pero vuestra indulgencia le dá alas para cometer sus locuras, y vuestro comportamiento las justifica. De buen grado alejáis la maldición de su cabeza, y la condenación eterna caerá sobre la vuestra.

MOOR.—¡Justo, muy justo!... ¡Toda, toda la culpa es mía!

FRANZ.—Como muchos miles de hombres, que después de apurar la copa del deleite, se han enmendado sufriendo. ¿No es acaso el dolor físico, que acompaña á todo exceso, un signo de la voluntad divina? ¿Ha de menospreciarlo el

hombre por su funesta ternura? ¿Debe el padre arrastrar al eterno abismo á la prenda que le ha sido confiada?... Reflexionad, oh padre, que si lo abandonáis algún tiempo á su vida miserable, ni la dejará ni se corregirá. Y si prosigue siendo un malvado en esa escuela de depravación, entonces... ¡ay del padre que invalida con su condescendencia los acuerdos de la suprema sabiduría!... ¿Y ahora, padre...?

MOOR.—Quiero escribirle, diciéndole que levanto de él mi mano.

FRANZ.—Eso es lo justo y lo prudente.

MOOR.—¿Que no se presente más delante de mí!...

FRANZ.—Saludable será el efecto de esa decisión.

MOOR. (Con ternura.) — ¡Hasta que varíe de conducta!...

FRANZ. — ¡Muy bien, muy bien! Pero, ¿y si se cubre con hipócrita máscara, y llora para excitar vuestra compasión, y con lisonjas os pide perdón, y después huye, y en los brazos de sus cortesanas se burla de vuestra debilidad?... ¡No, padre! volverá voluntariamente cuando tenga su conciencia limpia.

MOOR.—Ahora mismo voy á escribirle.

FRANZ.—¡Deteneos; oid una palabra, padre! Me temo que vuestra ira, al escribir, os sugiera frases duras que desgarrarían su corazón... y además... ¿no creéis que interpretara como señal de vuestra benevolencia la circunstancia de que vos mismo le escribáis? Mejor será, pues, que yo me encargue de hacerlo.

MOOR.—¡Hazlo, pues, hijo mío!... ¡Ay de mí! ¡Me hubiera traspasado de dolor! Escribele...

FRANZ. (Con precipitación.) — ¿Quedamos en esto?

MOOR.—Dile que lágrimas de sangre á millares, que noches infinitas de insomnio... ¡pero no lo desesperes!

FRANZ.—¿No queréis ya acostaros, padre? Mucho habéis padecido.

MOOR.—Escríbele que mi pecho paternal... Mucho cuidada con no desesperarlo. (Vase tristemente.)

FRANZ. (Siguiéndolo risueño con la vista.) — Consuélate, anciano, que nunca lo estrecharás contra tu pecho; el camino que lo traería hasta lograrlo, está para él tan vedado como el cielo para el infierno... Se había arrancado de tus brazos antes que tú lo supieras, ántes que pudieras desearlo... Un estúpido, digno de lástima, sería yo, sin duda, si no pudiera conseguir arrancar un hijo del corazón de su padre, aunque lo sujetaran cadenas de bronce... A su alrededor he trazado un círculo mágico de maldición, que no traspasará nunca... ¡Dichoso eres, oh Franz! léjos está ya el hijo más querido... limpio está ya el monte. Hagamos desaparecer este papel, porque cualquiera averiguaría sin trabajo que está escrito de mi mano. (Coge los pedazos de la carta que ha roto.) La pena se llevará también pronto al viejo... y á ella le arrancaré este Carlos del pecho, aunque también le arranque la mitad de su vida.

Tengo razón sobrada para rebelarme contra la naturaleza; y á fe mía, que la haré valer... ¿Por qué no he sido yo el primero en salir de las entrañas de mi madre? ¿Por qué no he sido yo el único? ¿Por qué me ha impuesto esta carga de la fealdad? ¡Y á mi solo! Como si el nacer yo hubiera sido un resto, no una obra suya completa. ¿Por qué yo solo he de tener esta nariz de lapón, estos labios de negro, estos ojos de hotentote? Yo creo, en verdad, que ha reunido en un solo haz todas las deformidades humanas y las ha acumulado en mi persona. ¡Muerte y condenación! ¿Quién la ha facultado para darlo todo á uno y despojar por completo á otro? ¿Quién puede hacerle la corte antes de nacer? ¿Quién ofenderla antes de existir? ¿Por qué tan parcial en sus obras?

¡No, no! Yo soy con ella injusto. Nos dotó de inventiva, nos depositó desnudos y pobres en las orillas de este in-

menso océano del mundo... ¡Que nade el que pueda, y el que no sepa, que se ahogue! Nada más me dió; lo que yo quiera ser es sólo de cuenta mía; cada cual tiene igual derecho á lo máximo y á lo mínimo; una pretensión destruye otra, una tentativa á otra; una fuerza á otra fuerza. El derecho pertenece al más poderoso, y nuestras leyes son los límites de nuestra pujanza.

Verdad es que se alegan ciertos pactos comunes, concertados para arreglar el mundo. ¡Nombres respetables!... en realidad rica moneda, que se puede manejar magistralmente por quien la entienda, para sacar provecho. ¡La conciencia!... ¡oh, sí, sin duda, lindo espantajo para ahuyentar de los cerezos á los gorriones!... ó letra de cambio bien escrita, de la cual en sus apuros se utiliza el que quiebra.

¡Instituciones muy loables, en efecto, para tener á raya á los necios y hollar al pueblo, á fin de favorecer á los escogidos! ¡Instituciones endiabladas, sin duda! Compáralas con las empalizadas que mis colonos construyen alrededor de sus tierras, para que no las pasen las fiebres ni se detengan en ellas!... Pero el privilegiado señor hinea las espuelas á su caballo, y galopa sin miedo por los sembrados.

¡Pobre fiebre! Triste papel es representar en este mundo á las fiebres... Pero el privilegiado señor las aprovecha.

Así, pues, ¡adelante! Quien nada teme no es menos poderoso que aquel á quien todos temen. Moda es ahora llevar hebillas en los pantalones para apretarlos ó aflojarlos á voluntad. Queremos por tanto forjarnos una conciencia á la última moda, para lavarla de lo lindo cuando nos acomode. Si no, ¡quejaos al sastre! He oído charlar mucho de cierta cosa que llaman la fuerza de la sangre, capaz de trastornar la cabeza á un buen hombre... ¡Este es tu hermano! ó, lo que es lo mismo, éste ha salido del mismo horno que tú... ¡sea, pues, sagrado para tí! Observad bien

lo que significan estas absurdas consecuencias, estas ridículas deducciones de que la armonía de las almas depende del parentesco de los cuerpos, la de los sentimientos de la comunidad de la patria, y de la identidad de alimentos la de las inclinaciones. Pero vayamos más lejos... ¡es tu padre, te ha dado la vida, y eres su carne y su sangre... sea, por tanto, sagrado para tí! ¡Otra donosa consecuencia! Quisiera yo preguntar por qué me ha dado la vida. Sin disputa, no por amor á mí, porque yo antes debiera existir. ¿Sabía él acaso lo que yo había de ser? ¿Me ha conocido antes de darme la vida? ¿Deseaba siquiera que yo existiese? ¿Ha pensado sólo en mí? No te aconsejaría que lo hubiese hecho, porque hasta podría exigirle la responsabilidad de su acción. ¡He de agradecerle que yo haya llegado á ser un hombre? Tampoco podría acusarlo de haber sido mujer. ¿Puedo yo estimar un afecto que no se funda en la consideración á mí mismo? ¿Puede haber esa consideración hacia mí, que sólo nacería supuesta mi existencia? Lo sagrado, pues, ¿en qué se apoya? ¿Acaso en el acto mismo que me dió el sér? Pero ese acto no es otra cosa que un resultado de un instinto animal, para satisfacer apetitos que también lo son. ¿Depende, por ventura, de los efectos de ese acto, no otra cosa, en definitiva, que una necesidad imperiosa que se maldeciría de buen grado si no fuera porque interesa á nuestra carne y á nuestra sangre? ¿Debo yo, por consiguiente, ser con él benévolo porque me ame? Es una vanidad de su parte, el pecado original de todos los artistas, que se recrean en sus obras por grande que sea su deformidad... Convidad, por lo dicho, que todo esto no es más que una fórmula de encanto, envuelta en una nube veneranda, para abusar de nuestra pusilanidad. ¿Debo dejarme llevar de la mano ciegamente como un niño?

¡A trabajar, por tanto, en mi obra sin tardanza! Arran-

caré de raíz todos los obstáculos, que me impiden ser aquí el primero. Si, lo seré por la violencia, ya que la amabilidad es inútil. (Vaso.)

ESCENA II.

Posada en las fronteras de Sajonia.

CARLOS MOOR, absorbido en la lectura, y SPIEGELBERG, bebiendo sentado á una mesa.

CARLOS. (Dejando el libro.) — Me hastía nuestro siglo, insaciable de tinta, cuando leo en mi Plutarco las vidas de los grandes hombres.

SPIEGELBERG. (Ofreciéndole un vaso y bebiendo.) — Debías leer á Josefo.

MOOR. — Extinguióse ya la viva y brillante centella de Prometeo, y le ha sustituido la de los pirotécnicos.. fuego artificial, que ni aun encender puede una pipa de tabaco. Arrástranse, pues, como las ratas por la maza de Hércules, y se devanan los sesos en averiguar en virtud de qué causa la humanidad se propaga. Un abad francés enseña que Alejandro fué cobarde como una liebre; un catedrático físico, que aspira á cada palabra un frasco de amoniaco, diserta ante sus discípulos sobre la fuerza. Personajes que se desmayan después del coito censuran la táctica de Anibal... y chicuelos miserables pescan frases sobre la batalla de Cannas, y gimen haciendo muecas por la victoria de Escipion, que han de exponer.

SPIEGELBERG. — Eso es llorar á lo elegiaco alejandrino.

CARLOS. — Preciada recompensa de vuestros sudores en el campo de batalla el vivir ahora en un colegio, y envol-

ver trabajosamente vuestra inmortalidad con una correa para atar los libros. Rico premio de vuestra sangre derramada servir para que guarde sus bollos un mercader de Nuremberg... Ó, si la fortuna sonrie, ser llevado sobre zancos por un autor trágico francés, y moverse con los hilos de los polichinelas. ¡Ah, ah, ah!

SPIEGELBERG. — Lee á Josefo; yo te lo ruego.

CARLOS. — ¡Quita allá! ¡Pobre siglo de superficiales cómicos, útil sólo para masear los hechos de los tiempos pasados, rebajar con sus comentarios á los héroes de la antigüedad, y desfigurarlos en sus tragedias. El vigor de sus riñones ha desaparecido, y la cerveza sola ayuda al hombre á propagar su especie.

SPIEGELBERG. — ¡Té, hermano, té!

CARLOS. — Aprisionan la sana naturaleza en inspidas convenciones; no tienen corazón para vaciar un vaso de vino, porque los enferma; lamen la mano del limpiabotas, para que les facilite ver á los potentados, y se burlan del pobre diablo á quien no temen. Se adoran unos á otros por una comida, y se envenenarian por un jergon que se hubiese apropiado otro, ofreciendo más en una almohada... Condenan al saduceo que no visita la iglesia á menudo, y calculan junto al altar sus usuras... Se prosternan para limpiar en público el polvo de sus rodillas; no separan sus ojos del sacerdote, para apreciar si su peluca está bien empolvada; se desmayan si ven correr la sangre de un ganso, y aplauden cuando sus rivales salen perdidos de la Bolsa. Yo les apretaba las manos con tanto ardor... «Esperemos otro día...» ¡En vano! ¡El perro á su perrera! ¡Súplicas! ¡Juramentos! ¡Lágrimas! (Golpeando el suelo con el pie) ¡Infierno y demonio!

SPIEGELBERG. — Y por solo dos mil miserables ducados...

CARLOS. — No, no puedo pensar en eso. He de encerrar mi cuerpo en un corsé, y someter mi voluntad á la presión